

aquella doblez en que era maestro, aumentaba todavía la intranquilidad con sus amenazadoras noticias (1). No había esperado la desgracia de Napoleón en su tortuoso proceder, pues apenas se hizo nuevamente cargo de sus antiguas funciones de ministro de Policía, mandó á Metternich un emisario secreto con encargo de proponer al emperador Francisco José una inteligencia para la proclamación de Napoleón II.

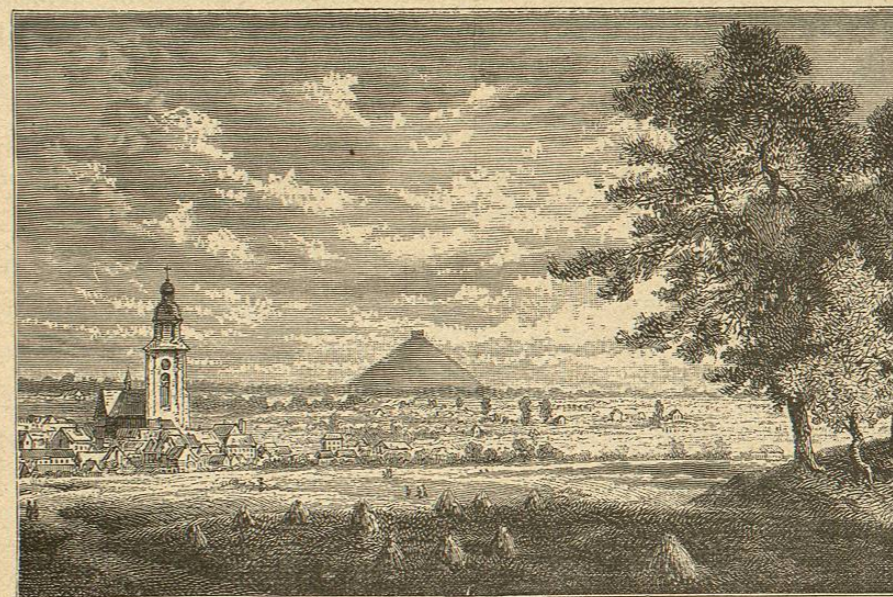


Los manes de Waterloo. (Croquis á la pluma de Raffet)

Accediendo á la petición de Fouché, Metternich mandó á M. Ottenfels á Basilea; pero Napoleón descubrió estos manejos y Ottenfels se encontró en Basilea, en vez del emisario de Fouché, á Fleury de Chaboulón, enviado por el Emperador. El resultado de la batalla de Waterloo y la invasión de Francia le abrieron ancho camino para proseguir sus intrigas.

(1) Véanse las hermosas páginas en que Quinet, en su *Campaña de 1815*, explica la manera cómo un hombre tan desacreditado como Fouché llegó á ser el árbitro de aquella crítica situación, y, por decirlo así, el amo necesario de Francia. Respecto á Talleyrand, si tuviésemos que juzgarle por su intervención en el Congreso de Viena, habría motivo para suavizar la severidad de la crítica y nos asociaríamos con gusto á los elogios que se hicieron de su habilidad y de sus esfuerzos en favor de Francia.

Fouché, después de la segunda invasión, desempeñó el mismo papel que Talleyrand después de la primera, ó por mejor decir, los dos persiguieron respectivamente el mismo objeto, el uno en Viena y el otro en París, cada uno en el punto que más le convenía. Ambos eran dignos uno de otro: Fouché era un Talleyrand vulgar, Talleyrand era un Fouché aristocrático; su fondo moral era el mismo, y por otra parte, estaban ambos dotados de una inteligencia superior y eran maestros incomparables en la intriga. Existían entre estos dos hom-



Vista actual de la llanura de Waterloo

bres causas de rivalidad ó de antipatía, debidas más á sus semejanzas que á sus contrastes. Por lo tanto, su inesperada reconciliación en 1809 fué un hecho sumamente peligroso para el poder de Napoleón. Los dos eran sacerdotes apóstatas, pero Talleyrand procedía del clero secular, del episcopado, mientras que Fouché, antiguo padre del Oratorio, procedía del clero bajo. Así, pues, por poco que de sacerdotes conservasen estos dos genios, la lucha, muchas veces tan viva y tan sofisticada que en distintas ocasiones se había presentado entre estos dos bandos de la Iglesia, venía á establecer entre ambos personajes, por su mismo origen y aptitudes, profunda oposición y prevenciones recíprocas, que entre ellos, forzoso es consignarlo, no se suavizaban por el menor sentimiento cristiano. Talleyrand era el cortesano, el

hombre de mundo, de exquisitas formas, el prelado de la corte; Fouché, el campesino fino, solapado, tenaz, pero de aspecto y maneras vulgares, de la «hez del seminario,» según la despreciativa frase del noble Saint-Simón. Talleyrand era el diplomático, Fouché el policía. La policía y la diplomacia tienen un fondo común, consistiendo ésta muchas veces en la alta policía internacional, y la policía en la diplomacia aplicada al gobierno interior de los Estados; ambos pudieron, pues, entenderse fácilmente en una obra que interesaba á sus rencores ó á su ambición. Fouché, por los rumores que había esparcido y por los muchos descontentos que supo agrupar, cambió la marcha de los sucesos. Napoleón tuvo sobrados motivos para arrepentirse de no haberle mandado fusilar, como tenía intención de hacerlo algunos días antes (1). Llegóse á hablar de destronamiento si Napoleón no abdicaba, dándole sólo una hora de tiempo para decidirse.

El Emperador, entretanto, agobiado bajo el peso de tantos desastres, consumido por la fatiga, la tristeza y la enfermedad, discutía con los ministros y con su hermano Luciano; hasta que, por fin, presintiendo que todo estaba perdido para el porvenir, escribió por su propia mano y firmó las siguientes líneas, que constituyen el acta de su segunda abdicación:

« Franceses:

» Al comenzar la guerra en defensa de la independencia nacional, contaba con la suma de todas las energías, con la voluntad unánime y con el concurso de todos los poderes nacionales: tenía fundamentos para esperar el triunfo, y menosprecié las amenazas de las potencias contra mí.

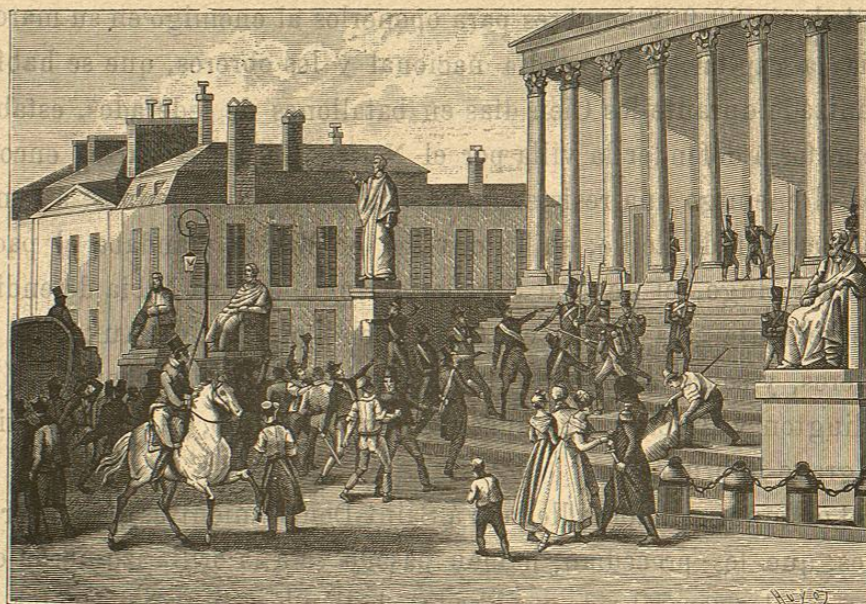
» Mas las circunstancias han cambiado; me sacrifico, pues, al rencor de los enemigos de Francia. Mi vida política ha terminado, y proclamo á mi hijo Emperador de los Franceses con el nombre de Napoleón II.

» Uníos todos para bien de la patria y para continuar siendo una nación independiente.

» NAPOLEÓN. »

(1) En las memorias de M. de Montchenu, comisario de Luis XVIII en Santa Elena, se lee: «Tengo entendido que en la misma mañana de la batalla de Waterloo se celebró un consejo de guerra en el que se decidió el fusilamiento de Fouché; pero la derrota fué causa de que se aplazase este acuerdo, del que se volvió á tratar al regresar á París, mas entonces se vió que no era posible realizarlo.» (*Cautiverio de Santa Elena*, por J. Firmin-Didot, pág. 144).

El duque de Otranto fué el encargado de llevar esta acta, «su boletín de victoria,» dice M. Thiers, á la Cámara de diputados; eran poco más de las doce y media. Después de algunos momentos de agitación, la Cámara acordó el nombramiento de un *Gobierno provisional* compuesto de cinco miembros: tres elegidos por ella y dos por la Cámara de los pares; fueron éstos Fouché, Carnot y Grenier, por una parte, y por otra Caulaincourt y Quinette. El que desde aquel mo-



Las tropas prusianas impiden a los diputados penetrar en el palacio Borbón (8 de Julio de 1815)
(Copia de un dibujo de Bovinet, en la colección Hennin)

mento dirigió la marcha de los sucesos fué el duque de Otranto, cuya conducta durante los Cien días realmente le hacía acreedor á la honra de suceder á Napoleón, á quien alternativamente sirvió, abandonó, le sirvió de nuevo y le volvió á abandonar. Fouché fué quien, valiéndose de Manuel, personaje desconocido hasta entonces, hizo declarar que la abdicación del Emperador, designando, como era natural, á su hijo para sucederle, no argüía la necesidad de proclamarlo. De este modo la Cámara eludía el cumplimiento de uno de sus últimos deberes para con el soberano caído.

Pero Francia tuvo poco después quejas más justas que reprochar á Fouché. La situación militar, á pesar de la derrota de Waterloo, era mucho mejor que en 1814, al llegar los aliados por vez primera

á las puertas de París. Napoleón al principiar la campaña disponía de fuerzas mucho más importantes, y una derrota, por desastrosa que hubiese sido, habría costado mucho menos que las victorias de la primera campaña de Francia. Grouchy, que fué uno de los principales causantes del desastre, ya que ni detuvo á los Prusianos ni se había reunido á Napoleón, trató de reparar su falta ejecutando una hermosa retirada, logrando llevar su cuerpo de ejército hasta el Sena con insignificantes pérdidas. Reunido con los dispersos de Waterloo, quedaban todavía 80.000 hombres para oponerlos al enemigo en su marcha hacia la capital. La guardia nacional y los obreros, que se habían organizado durante los Cien días en batallones de federados, estaban dispuestos á defender la villa por el Norte. En todas partes encontraba el enemigo una resistencia enérgica: en Valenciennes, á donde se había retirado Reille; en Thionville, en donde mandaba el padre de Víctor Hugo, el general Sigeberto Hugo, que ya había defendido valientemente esta plaza; en Condé, en Longwy, en Auxonne, en Mezieres, y sobre todo en Huninga, donde se ilustró Barbanegra (1). Wellington y Blucher, desvanecidos por su triunfo, habían cometido una grave imprudencia.

Los Ingleses habían llegado á Saint-Denis, mientras que los Prusianos, que les precedían, habían pasado ya á la orilla izquierda del Sena, que les separaba de sus aliados, hallándose á tres jornadas de distancia para poder reunirse. Dueños como eran los franceses de los pasos del río por los puentes de París, podían derrotar por separado ambos ejércitos. Napoleón suplicaba que se le diese por un solo día el mando del ejército, jurando dejarle después de la victoria, que ya consideraba segura; Carnot pedía que se aceptase el ofrecimiento del Emperador. Exelmans, al frente de la vanguardia francesa, había ya

(1) Barbanegra, con una guarnición que no llegaba á 200 hombres, tuvo en jaque á 25.000 austriacos, mandados por el archiduque Juan. Al ver el archiduque aparecer al general Barbanegra al frente de unos cincuenta hombres, únicos que habían sobrevivido ó que podían tenerse en pie, preguntóle por la guarnición. «¿La guarnición? ¡Aquí la tenéis!» respondió Barbanegra. Entonces, se dice en la obra *Victorias y Conquistas*, se apoderó de los espectadores la más viva admiración, saludando casi religiosamente á aquel grupo de héroes, y el archiduque Juan, sorprendido y profundamente emocionado, demostró públicamente á su caudillo la estima que le inspiraba tal conducta. Este momento es el que escogió Detaille para su cuadro: *Salida de la guarnición de Huninga*, existente hoy en el Luxemburgo y que figuró en el Salón de 1892.

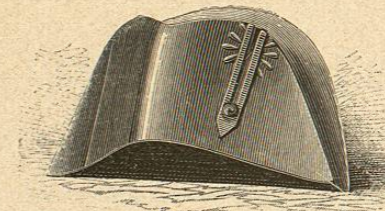
derrotado y arrojado más allá de Versalles á la caballería prusiana. «¡Nos toma, pues, por imbéciles!» dijo Fouché, é hizo que la comisión de gobierno acordase que Napoleón saliese para Rochefort, desde donde debía ser conducido á los Estados Unidos (1).

Ni siquiera París se defendió, como en el año anterior, firmándose la capitulación en la noche del 5 de Julio. El día 8, ingleses y prusianos arrojaban de su salón de sesiones á los miembros de la Cámara de diputados y de la de los pares, y el ejército se retiró, bajo el mando de Davout, al otro lado del Loira, lejos del enemigo, al que fácilmente hubiera podido derrotar.

Finalmente, el 8, por la noche, Luis XVIII volvía á entrar en las Tullerías. El prefecto Chabrol, que le recibió en la puerta, le dijo: «*Cien días* han transcurrido desde aquel en que Vuestra Majestad salió de su capital, entre las lágrimas del pueblo.» Había comenzado la segunda Restauración, y Napoleón iba en breve á alejarse para siempre de aquella Europa que tanto había alterado, y de Francia, á la que tanta gloria dió (2).

(1) Si hemos de creer las *Memorias anónimas sobre la emperatriz Josefina*, por la señora Ducrest, en 1818, durante el congreso de Aix-la-Chapelle, al ver el czar Alejandro, en uno de los paseos que hacía de incógnito, un grabado que representaba la entrevista de Tilsit, y recordando los disgustos que le había proporcionado la política de los Borbones, murmuró: «¿Por qué Napoleón no hizo lo mismo en 1815, en el Loira, en vez de entregarse á los Ingleses? Le era fácil, y si lo hubiese hecho, ¡quién sabe!... aun sería tal vez emperador de los Franceses.»

(2) Sobre los acontecimientos de 1815, véase: Vaulabelle, *Histoire des deux restaurations*. — Thiers, t. XX. — E. Quinet, *La campagne de 1815*. — Charras, *Histoire de la campagne de 1815*, 4.^a edición, 1864. — Jomini, *Vie de Napoléon*. — El mariscal Wolseley, *Le déclin et la chute de Napoléon*.



Tabaquera del sombrero (tomada como emblema sedicioso desde 1815)